

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIV

San José, Costa Rica 1937 Sábado 20 Noviembre

Núm. 19

Año XIX — No. 827

SUMARIO

Genaro Estrada.....	Alfonso Reyes	«Canción Redonda» y «Arbol de Sangre» de Claudia Lats y Carmen Brannon.....	Alberto Guerra Trigueros
El proceso de Moscú.....	Malcolm Cowley	Sonetos.....	Emilio C. LeFort
La libertad del Espíritu y los Poderes sin freno...	Guillermo Ferrero	Canción de los ojos ciegos.....	Marzia de Lusignan
Guayaquil.....	Cornelio Hispano	Breve apunte sobre una de las grandes lecciones de la Revolución Española.....	Diógenes de la Rosa
Gesta de la literatura revolucionaria.....	Ermilo Abreu Gómez		
Señal y ejemplo de J. R. Miaja.....	Gastón Baquero Díaz		

Genaro Estrada

Por ALFONSO REYES

= Envío del autor, Buenos Aires, octubre de 1937 =



Genaro Estrada

[(Hacia 1926)]

El que comprende a unos y a otros, y a todos puede conciliarlos; el que trabaja por muchos y para muchos sin que se le sienta esforzarse; el que da el consejo oportuno; el que no se ofusca ante las inevitables desigualdades de los hombres, y les ayuda, en cambio, a aprovechar sus virtudes; el fuerte sin violencia ni cólera; el risueño sin complacencias equívocas; el puntual sin exigencias incómodas; el que estudia el pasado con precisiones de técnico, vive en el presente con agilidad y sin jactancia, y provoca la llegada del porvenir entre precavido y confiado; el último que pierde la cabeza en el naufragio, el primero en organizar el salvamento—tal era Genaro Estrada, gran mejicano de nuestro tiempo, a quien todos podían atreverse a llamar «el gordo».

Dotado de una sensibilidad alegre y varia; coleccionista de buenos libros, de manuscritos raros, de cucharillas de plata, de cuadros y muebles, de jades y primores chinescos, en que su casa era un verdadero museo; lleno de aquel humorismo tembloroso que comunica a los hombres gordos otra manera de esbeltez; dueño de una paciencia saludable, buen respaldo moral para inquietos y desorbitados, buena mano para timón, buen músculo de alma—era Genaro Estrada una de esas instituciones de la ciudad, uno de esos hombres centrales que hacen posible la organización de las pléyades literarias (el P. E. N. Club de Méjico sólo vivió mientras estuvo a su sombra). Era un padrino natural de los libros. Y era la suya una de esas bondades sin aureola y sin exceso de santidad, tan lejana de la falsa austeridad y de los morbosos lujos de aislamiento y tebaidas; una de esas bondades que andan donde todos andan, hacen lo que todos (pero siempre un poco mejor), circulan entre todos, y no pierden un solo instante el sentimiento de su misión, de su tarea humana. Tan de grata compañía siempre, tan mensajero de buenas noticias, tan de todas las horas, tan hermano mayor, con su vibración de ternura contenida y su travesura de joven elefante.

Todo en Genaro era gusto. Gran trabajador, nada había de angustia en su trabajo, sino que siempre parecía un paladeo voluptuoso. Con el mismo agrado y la misma sensibilidad emprendía un catálogo erudito o reorganizaba un archivo